

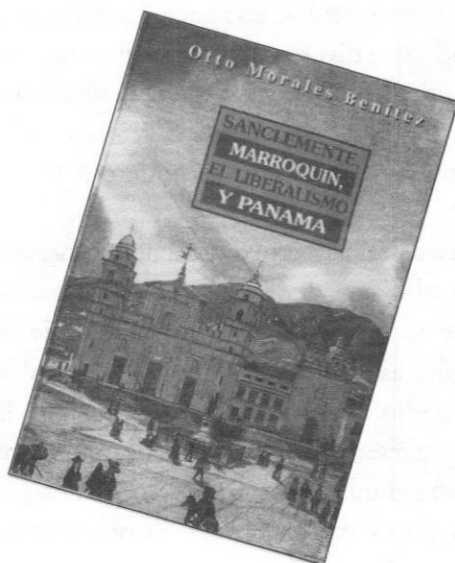
# *Sanclemente, Marroquín, el Liberalismo y Panamá,* de Otto Morales Benítez

Óscar Londoño Pineda  
*Poeta y narrador colombiano*

Esta obra de investigación histórica, escrita por el doctor Otto Morales Benítez, constituye un aporte valioso al conocimiento de una etapa de la vida colombiana sobre la cual no se había hecho la claridad suficiente: como que parecía mantenerse en penumbra por la misma sordidez de algunas conductas, por lo bochornoso de algunos episodios, y, en especial, por los intereses políticos creados que la caracterizaron.

En la tarea de arrojar luz sobre estos hechos, el doctor Morales Benítez ha pasado su mirada sobre la intimidad de múltiples documentos de Estado, de variada correspondencia privada, de relatos escritos por quienes fueron sus testigos presenciales o referentes. Busca ilustrarnos, en forma metódica y clara, acerca de un momento histórico que marcó honda huella en el discurrir de nuestra nacionalidad.

Si se desea conformar una nacionalidad verdadera —como debe ser la aspiración de todos—, es preciso tener conocimiento de cuanto se ha hecho para llegar al presente, única forma de lograr una interpretación afortunada de una comunidad y de cuanto se aspira a realizar como destino. Sustraerse a examinar sucesos de la vida nacional porque en determinado momento afecten el prestigio de ciertos nombres o de algunas agrupaciones políticas, no es procedimiento recomendable para mantener la cohesión nacional y avanzar en el delineamiento de su perfil histórico; más bien hace daño por la desorientación que genera.



Cuando una nación logra fijar criterios respecto de su pasado, después de muchos errores y vacilaciones en su interpretación, comienza a transitar el atrayente horizonte realizador de sus propósitos. En el momento en que se ha tomado conciencia de esos errores, se renuncia —cuando se actúa con honestidad— a repetirlos. Esto conduce a que el gobernante asuma su responsabilidad y cuanto implica faltar a ella. Por su parte, la comunidad permanece alerta sobre el acontecer nacional, se forma una opinión y expresa su veredicto, así sean muchas las dificultades y amenazas con las cuales se quiera impedirlo.

Tratar de guardar silencio sobre aquello que en verdad ha sucedido constituye falta grave, por cuanto hay de engaño a la conformación del ideal de patria. Es buscar equivocadamente un concepto de ciudadanía ausente de raíces, de emociones y de propósitos. Es dejar trancos los hilos de la historia y de las aspiraciones que atan, no sólo por las hazañas cumplidas sino también por las tumbas abiertas, y no sólo por los nombres que en determinado momento llegaron a ser representativos, sino también con idearios que sustentaron la acción.

El desconocimiento de la historia nacional y de las lugareñas, como parece ser el propósito de parte de las nuevas ideologías, pretende borrar la noción y la emoción de la nacionalidad, para hacer fáciles los sometimientos por el camino abonado de la destrucción de la identidad de los pueblos. No dejando aprender la lección de la patria y no dejándola arraigar, como semilla, en la sangre y en el alma de sus hijos, resulta fácil imponer estereotipos extraños, ajenos al sentir nacional, destructores de convicciones e identidades.

Una nación es la resultante de muchas horas de gloria pero también de muchas horas de dolor colectivo, de muchos propósitos de grandeza, como también de muchos desalientos comunitarios, de muchas voces de mando y de otras tantas de arriscada contradicción, de muchas banderas en alto, triunfantes, cuando no de una trompeta dando la orden de retirada. En esa odisea de cada día va tejiéndose la nacionalidad como noción de hogar y de esperanza, de dolor y de orgullo, de empeños y de solidaridades.

Estas consideraciones previas se hacen necesarias al abordar las páginas que conforman este libro, pleno de reflexiones y de enseñanzas. No se hace aquí, por parte del historiador Otto Morales Benítez, el recorrido por un momento estelar de la historia colombiana —que sí ha examinado él en otros libros suyos—, sino, por el contrario, por uno de los más sombríos y desconocidos, deliberadamente mantenido

en reserva y olvido por sus usufructuarios en lo doctrinario y en lo personal. Precisamente para presentarlos en su dimensión histórica —antecedentes y consecuencias—, que no por dolorosa deja de ser aleccionante, ha incursionado el autor en archivos y escrito estas páginas reveladoras de las debilidades de carácter y de las equívocas conductas de algunos hombres que contribuyeron, con sus acciones o con sus omisiones, a formar esos capítulos de nuestra historia.

Emerge de estas páginas la figura de Sanclemente como la de un hombre hondamente comprometido con la dignidad de su cargo de Presidente, dispuesto a arrostrar infamias y vejaciones, amenazas y postergaciones, hostilidades y agravios. Esta obra presenta, con fidelidad a sus actuaciones, a un Sanclemente que mantiene el decoro de su vida entre los fuegos de la injusticia y la incompreensión, que hace claro ejercicio de altura moral e intelectual en los documentos que redacta y entrega; que se apersona sin vacilaciones de sus responsabilidades y persiste en cumplirlas contra una desaforada corriente de represión dispuesta a poner término a su vida entre un cerco de bayonetas oficiales, ahora en manos de quienes eran sus amigos y copartidarios del día anterior, y que, motivados por sórdidos intereses, se tornan, al día siguiente, en sus detractores.

El doctor Morales Benítez examina, con la seriedad y el rigor que le son propios, la conducta de Manuel Antonio Sanclemente, y lo encuentra digno en el desempeño de los cargos servidos y, en forma más ostensible, en el de Presidente de la República. Muchos atributos conformaron su personalidad: su ciudad de origen, Buga; su paso por las aulas universitarias; su sapiencia como jurista; el desempeño de la Magistratura; su dominio del idioma para expresar con claridad y acierto su pensamiento; su sentido de la majestad de la investidura que le había sido otorgada, y del decoro que reclama el llevarla; su ejercicio de lealtad a unos

principios; su capacidad para sobreponerse al juego de intereses mezquinos; su paso por ministerios y altos cargos del Estado; y una clara noción del compromiso ético y moral que surge del juramento prestado.

Impuesta la política “regeneradora” mediante la ejecución de tropelías, amenazas y terror, se introdujeron a la atmósfera política del país elementos de corrupción que terminaron por convertirse en la práctica necesaria para acceder al poder o para permanecer en él, y que enturbiaron por muchos años la vida democrática nacional, con menoscabo de lo realizado por el Radicalismo. Se mantuvo el desgobierno regenerador en contravía de los verdaderos intereses nacionales, de las solicitudes que se le hacían para que garantizara derechos y libertades ciudadanas, del afán colectivo de garantizar la paz, la convivencia, el progreso; hostil al reclamo de libertades, que tenían en el liberalismo su abanderado y al cual se hizo víctima del oleaje avasallador de la represión. Prisión, fraude, destierros, confiscaciones, censura, clericalismo, ineptitud administrativa, exclusivismo, corrupción, privilegios, granjerías y dádivas teñidas de inmoralidad, negocios y negociados turbios, nómina oficial al servicio de la creación del pretendido nuevo partido: éstas fueron las herramientas utilizadas por la Regeneración contra el liberalismo, o contra quienes pretendieran interponerse a la infernal maquinaria de poder que había instaurado. Los hombres del liberalismo fueron los grandes sacrificados en ese experimento, pero no los únicos.

Esas prácticas corruptas llevaron a algunas personalidades del partido conservador a distanciarse de tales métodos y se mostraron resueltas a disentir de la corrupción imperante, sin éxito alguno. Es el caso de Marceliano Vélez. Otras avanzaron un trecho en el camino de las pregonadas innovaciones, hasta descubrir —para su desencanto— que la Regeneración y sus validos estaban motivados por intereses distintos a los

de la doctrina y el servicio al país. Es el caso de Carlos Martínez Silva, quien de patrocinador y exégeta del golpe del 31 de julio, pasa a ser su marginado, lo cual condujo a enfrentamientos internos en su partido, que bien denuncian el clima moral que se vivía dentro del gobierno.

Es notorio el cinismo en la interpretación de la Constitución Nacional y en la elaboración y aplicación de la ley, con prescindencia de todo criterio jurídico, y dándole primacía únicamente al interés de perpetuarse en el poder y beneficiarse de él, a base de un aberrante ejercicio de la autoridad, nugatorio de derechos y garantías. La inestabilidad de jueces y magistrados constituía forma abierta de coacción; la Ley de los Caballos, prueba manifiesta de arbitrariedad.

El señor Marroquín, Vicepresidente a la expectativa de tomar por asalto el poder, se desentiende de cuanto estaba sucediendo en el país, una vez obtenido aquél mediante el golpe del 31 de julio. Lo que sigue es el juego mezquino de la adulación y el favoritismo, con sus áulicos y cómplices, con quienes estuvieran resueltos a apoyarlo, a toda costa, entre el deshonor y el beneficio personal. Anunciaba tolerancia cuando lo veía conveniente a sus propósitos, y cerraba luego los puños, superadas las primeras dificultades. Eran gobiernos que hostigaban al liberalismo y lo desoían en el reclamo de sus derechos, en sus propuestas de paz, en sus recomendaciones para el mejor gobierno de la nación. Todo para mayor exasperación de los hombres libres y confusión en la vida nacional.

Un Marroquín escudado en la religión, sin ubicación dentro de los más elementales principios de responsabilidad, socarrón y cínico, displicente con la suerte del país y acucioso, sí, en el manejo de las intrigas, con un hijo dedicado a realizar tareas de zapa dentro de las jerarquías administrativas, emisario de consejos y enfrentamientos. Su gobierno, negado a toda idea de libertad, de entendimiento nacional, de progreso, aparece no como el altivo guardián



de una heredad sino como el acucioso detector de quien se propusiere menoscabar su poder —que tomó por asalto—, y cuyos propósitos se agotaban en un caprichoso y contradictorio ejercicio del mando.

Se registra en este libro, con abundancia de documentos, la voluntad de paz del liberalismo, reiterada una y otra vez, en una y otra circunstancias, en la pretensión de llegar a un acuerdo entre el gobierno y los jefes liberales, sobre bases de dignidad y con proyección nacional. Al clamor patriótico que representaban las propuestas liberales, se respondía con desafíos, cuando no con el silencio. Estas actitudes provocaban, explicablemente, una reacción, que una elemental noción de decoro no podía pasar por alto. Es así como cruza por estas páginas la figura de Uribe Uribe, unas veces como memorialista de la paz, otras como buscador de interlocutores para sus fines, y ante tanta ceguera oficial, comprometido en obtener recursos para la guerra. También aparece Eloy Alfaro, en el Ecuador, solidario con la empresa de Uribe Uribe. Lo cierto era que un atormentado camino recorrían los partidarios de la libertad y el derecho, los luchadores por una patria asentada sobre estos principios. Y al final del túnel, la pérdida de Panamá, como

corolario obligado del cinismo y el desgobierno, no obstante los reiterados ofrecimientos del partido liberal para superar la crisis.

Agrega el autor, a los aportes documentales y críticos, la semblanza y significación de los protagonistas de los acontecimientos historiados, lo cual hace aún más completa y atractiva la obra. En un capítulo que enseña y permite apreciar las calidades humanas e intelectuales de esos personajes, se recuerdan las biografías de Marceliano Vélez, Eloy Alfaro, Miguel Samper, Foción Soto, Santiago Pérez, Luis A. Robles, Salvador Camacho Roldán, Gil Colunje, el negro Ramón Marín, Aquileo Parra, Gabriel Vargas Santos, Nicolás Pinzón Walerston, Benjamín Herrera, Arístides Fernández, Rafael Uribe Uribe, Nicolás Esguerra, Carlos Arturo Torres, Justo Arosemena, Carlos A. Mendoza y Teodoro Valenzuela.

Los asuntos tratados en este libro, expuestos con lucidez y detenimiento por el Académico de la Historia, doctor Otto Morales Benítez, hacen imprescindible su consulta para conocer actos y actores de ese drama, delimitar responsabilidades, reivindicar nombres, celebrar actitudes y decisiones asumidas con patriotismo y señalar a aquellos ausentes de la altura moral que demandaban esos años.

**hojas Universitarias.....**